

Memorias de la guerra. Participación de jóvenes rurales en procesos de memoria desde una perspectiva intergeneracional en la región del Oriente Antioqueño, Colombia*

Síntesis de las implicancias políticas de la investigación

La prolongada guerra que vive Colombia adquiere expresiones regionales diferenciadas y los territorios rurales han sido un escenario preferente aunque no exclusivo de estas dinámicas. Millones de habitantes del país intentan sobreponerse a sus impactos en medio de la indiferencia y el poco reconocimiento de la magnitud del problema. En la agenda nacional, la discusión ha pasado vertiginosamente de la negación de la existencia del conflicto armado a la construcción de la paz y la preparación para el posconflicto. Sin embargo, las realidades de las víctimas no se transforman a estos ritmos y el país está en deuda con la memoria, apuesta fundamental para que reconozcamos como sociedad lo que ha pasado y construyamos otras posibilidades y salidas. Hacemos memoria en medio de la guerra. Si bien hay avances significativos que en el orden nacional confluyen en el trabajo del Centro Nacional de Memoria Histórica y representan una puerta abierta en términos de políticas de la memoria; existen distancias entre las iniciativas de este nivel y las lógicas de los procesos más regionales y locales.

El Oriente Antioqueño ha sido una de las regiones más fuertemente afectadas por la guerra en Colombia y municipios como San Carlos, Granada o San Francisco han sido reconocidos en el país por los horrores de la confrontación entre la guerrilla, los grupos paramilitares y las fuerzas armadas. En contraste, los procesos sociales que sus pobladores han construido durante décadas son menos valorados y a pesar de ser quizá una de las regiones del país donde las iniciativas de memoria han logrado mayores niveles de desarrollo; al no recibir la importancia que se merecen, se menosprecia todo su potencial para adelantar procesos desde los espacios locales.

¿Cómo participan los y las jóvenes rurales en la construcción de memorias de la guerra en el Oriente Antioqueño?, ¿Cuál es el lugar que ocupan quienes durante su niñez enfrentaron experiencias traumáticas y dolorosas derivadas de la guerra y que son jóvenes en territorios que guardan marcas de lo sucedido? ¿Cuál es el lugar de la guerra y los acontecimientos que definen sus memorias? El diálogo con los actores de la memoria en la región y el trabajo conjunto con jóvenes rurales de los municipios de La Unión y Sonsón, con sus familias y maestros han hecho posible las reflexiones que construimos.

* Olga Elena Jaramillo Gómez, Socióloga Universidad de Antioquia. Estudiante del Doctorado en Estudios Ambientales y Rurales de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. olgaelenajaramillo@gmail.com.

El escenario de las iniciativas de memoria en el Oriente Antioqueño es vasto y heterogéneo. Las prácticas tienen matices, alcances y lenguajes con expresiones diversas entre los municipios. Las organizaciones sociales, de víctimas y mujeres han tenido un papel central y en medio de altibajos continúan apostando a procesos que emprendieron cerca de diez años atrás. No obstante, encontramos una brecha entre estos procesos y la participación de los y las jóvenes rurales, que resultan ser allí, los grandes ausentes.

Su presencia en la construcción de memorias no solamente es necesaria sino potente. Los y las jóvenes rurales enfrentan las incertidumbres y asuntos no resueltos que la guerra produce. Es preciso que participen en la construcción de lecturas abarcadoras acerca de las realidades del territorio que habitan que lleven a comprensiones sobre las vivencias derivadas de esta confrontación. En este horizonte, la memoria resulta fundamental y representa una oportunidad para que los y las jóvenes se reconozcan como actores sociales clave dentro de sus comunidades y sus voces circulen con fuerza abandonando el lugar de la invisibilidad.

El diálogo entre estos dos campos, los procesos de memoria en la región y la participación de los y las jóvenes rurales es primordial y requiere de acciones en diversos ámbitos y escalas. Decidimos agruparlos en torno a tres escenarios: El gobierno, las organizaciones de víctimas y actores de la memoria de la región y La Escuela. Esto de ninguna manera significa que la apuesta se pueda emprender por separado, la articulación entre los tres es más que necesaria y requiere de la incorporación de una perspectiva intergeneracional, de género y territorial en la construcción de memoria.

- Es necesario que el gobierno en sus diferentes escalas, nacional, departamental y municipal apoye con más decisión las iniciativas de memoria en el Oriente Antioqueño. El reconocimiento de su importancia es el punto de partida, pero no el único. Las víctimas no deben ser percibidas en el lugar del problema y la vulnerabilidad que las medidas asistenciales refuerzan. Al contrario, sus experiencias y vivencias de la guerra resultan aportes fundamentales en la recomposición de los procesos sociales en estos territorios y la construcción de memoria traza un escenario apropiado en este sentido. En los municipios donde han sido posibles las alianzas y el apoyo de las instancias del gobierno, los procesos tienen alcances e impactos mayores y la memoria logra desplegar apuestas en función de la construcción de horizontes de futuro para la sociedad local, en su conjunto.
- El trabajo conjunto entre actores de la memoria propone desafíos concretos a las organizaciones sociales y colectivos que comparten apuestas en este sentido. La diversidad de aprendizajes y prácticas que caracterizan los procesos de memorias en la región constituyen un acervo social que precisa ser compartido y reconocido por

todos los actores de manera que se fortalezcan entre sí. Las iniciativas de memoria deben dialogar y construir posibilidades de articulación tanto al interior de los municipios como de la región. Los escenarios e intercambio de experiencias y aprendizajes pueden facilitar la construcción de procesos de memoria que superen los límites administrativos y resulten más conectados a las dinámicas territoriales de la guerra.

- La Escuela tiene una tarea fundamental frente a la construcción de memoria en la región. Las realidades de la vereda y el municipio requieren ser incorporadas en los currículos que no deberían estar anclados en promover un conocimiento que desconoce el lugar desde el que se construye. La guerra toca la vida de los y las estudiantes y está inscrita en la historia de la vereda donde esta se ubica. La Escuela es un escenario para la reflexión crítica de las realidades de la vereda, el municipio y la región y en consecuencia, no debe considerarse ajena a su transformación. Las cátedras veredales, municipales y territoriales son instrumentos que pueden contribuir a este propósito. Unido a la voluntad y formación de los maestros, se debe avanzar en el desarrollo de herramientas que permitan incorporar la memoria como práctica pedagógica.

El encuentro entre jóvenes y adultos es tan significativo como el trabajo conjunto entre actores de la memoria en distintos ámbitos y niveles. Son necesarias propuestas que superen las barreras generacionales y los límites territoriales y se construyan en función de las dinámicas y lógicas de la guerra y sus impactos sobre todos los pobladores y territorios. La perspectiva intergeneracional se apoya en la apertura de diálogos entre jóvenes y adultos en torno a la memoria, la presencia de jóvenes en los lugares de decisión de las organizaciones sociales, la articulación iniciativas de memoria con procesos juveniles y también el desarrollo de procesos con y para jóvenes. Entretanto, la perspectiva territorial invita al trabajo conjunto entre actores de la memoria. Las historias y relatos de las víctimas se conectan con las dinámicas regionales de la guerra y para avanzar en estas comprensiones es preciso imaginar iniciativas más abarcadoras y de orden regional.

No se trata de una sola política pública o el trabajo exclusivo desde una plataforma institucional para la memoria, sino de un proyecto amplio que incluya a todas las generaciones, los actores sociales y políticos y los territorios. El papel que desempeña el Centro Nacional de Memoria Histórica resulta valioso en este escenario y consideramos que la apuesta por crear sinergias alrededor de los avances que ya se tienen e involucren actores de diverso orden resultaría potencial y oportuno. Así, será posible construir un lugar de reconocimiento para la memoria en el Oriente Antioqueño, donde se valore la participación de los y las jóvenes y se desplieguen sus aportes a la construcción de alternativas y horizontes colectivos para la región.